

ORIOI BOHIGAS:
La Arquitectura Española de la Segunda República. Editorial Cuadernos Infinitos, Tusquets Editor. Barcelona, 1970.



LA aparición del libro de Oriol Bohigas *La Arquitectura Española de la Segunda República*, viene a completar una serie de materiales que sobre el tema, y a través de diferentes revistas especializadas se ha venido publicando en estos últimos tiempos. El inaccesible Giner de los Ríos, *Cincuenta años de arquitectura española, 1900-1950*, publicado en Méjico en 1952, el documentado volumen de Carlos Flores *Arquitectura contemporánea española* (Madrid, 1961), y más recientemente los diferentes números que el mismo Flores ha editado en *Hogar y Arquitectura*, o Daniel Fullaondo a través de *Forma Nueva*, no son sino expresión de lo anteriormente dicho. Bohigas ha sabido aunar en el pequeño volumen al que hacemos referencia, todas las publicaciones anteriores, trazando un esquema simple, pero claro, del panorama arquitectónico de los años veinte al cuarenta: la fase correspondiente a la prerrepública en primer lugar, el «... momento institucionalizador de la República, durante el cual se pone en marcha su programa político», la acción del Gobierno del año 34 en los planes parciales, y finalmente el correspondiente al triunfo del Frente Popular en el 36, así como la guerra Civil. Como individuos representativos de cada uno, el propio Bohigas nos señala cómo «... en un primer momento subrayaríamos el empuje e ilusión de Rafael Bergamín, en un segundo la obra de Josep Lluís Sert al frente de GATEPAC y la revista A. C., posteriormente la actitud

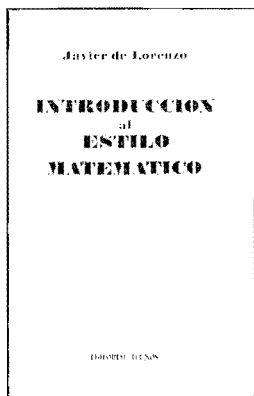
heroica de Secundino Zuazo, y por último la abiertamente revolucionaria de Torres Clavé:

Desglosando, en una aproximación crítica el primer y segundo punto establecido por Bohigas del resto, quisiéramos señalar cómo el hecho de establecer una dicotomía respecto de la arquitectura que en los años veinte y principio del treinta se realizaba en Madrid y Barcelona, es correcto, pero no solo enfocado de manera única con respecto de una categoría, sino que paralelamente puede realizarse de forma simultánea respecto de varias. Es decir, que analizar parcialmente un hecho (enfrentar y valorar cuantitativamente la arquitectura de los Mercadales madrileños frente a la del grupo de las Galerías Dalmau de Barcelona) obteniendo entonces como único resultado la constatación de que GATEPAC se centró en Cataluña —donde indudablemente originaría realizaciones más interesantes, mientras que en Madrid apenas tendría importancia—, es un punto que negarlo carecería de sentido, en cuanto que no es sino constatación de la realidad. Pero el punto más débil del discurso establecido, radica en nuestra opinión en intentar atribuir una supuesta carga carismática al grupo de Barcelona («... la línea de continuidad progresista de Cataluña»), como consecuencia de analizar todo el movimiento a través del prisma monocorde de GATEPAC. Es necesario resaltar la diversidad de tendencias existentes, desde luego no producidas espontáneamente. Entre estas, sería interesante destacar por su carácter la correspondiente al círculo racionalista de Madrid, del que formaran parte Lacasa, Sánchez Arcas y otros, y a los que Bohigas trata de una manera meramente informativa, planteando su existencia como un puro accidente casual o circunstancial, identificándola mecánicamente con los grupos expresionistas o formalistas de Madrid o del Norte. Esto, en cuanto a la forma. En cuanto al fondo, queremos insistir en cómo los viejos tópicos siguen presentes en la obra de nuestro autor, quien continúa connotando los frutos del racionalismo «oficial» español de preguerra, como correspondientes a una investigación dialéctica y nunca como producto de una moda, generada por Le Corbusier, y que tanto en Madrid como en Barcelona adquiriría a través de sus difusores y propagandistas Mercadal y Sert, gran expansión. De esta manera, la identificación GATEPAC-Le Corbusier y, por tanto, la identificación e integración del grupo en el movimiento arquitectónico intelectual, adquiere pleno sentido, ignorándose voluntariamente todo lo exterior, es decir, las posibles críticas realizadas en aquellos

mismos años en España por los racionalistas madrileños (principalmente por Lacasa) a un Le Corbusier «charlatán y periodista», apoyando por el contrario planteamientos más cercanos a un «Deutcher Werbunk», a un Tessenov en el sentido de arquitecto artesano, planteamientos paralelos a los de —al menos en parte— otro arquitecto marginado, partidario de una arquitectura sin estilo, como era H. Meyer. De esta manera, la identificación de categorías que hace Bohigas de arquitecto-miembro-de-GATEPAC con la de arquitecto-intelectual-progresista, es automática, abriendo puertas a posibles posteriores enfoques de valoración emocional y afectiva por su actuación personal, más que a análisis racionales y científicos por sus proyectos. A este respecto, es interesante la reciente carta a Fullaondo dirigida por el crítico y arquitecto cubano Roberto Segre, quien señala cómo la discutible contradicción existente en Domínguez, cara a su doble exilio, primero de España en 1939 como consecuencia de la guerra civil, y posteriormente de Cuba como consecuencia de la Revolución del año 59, no fuesen quizá tan aparentemente contradictorias, y obedeciesen a una línea de conducta establecida en sus primeros años de vida profesional. Es decir, que si la actuación de Domínguez pudo ser causa de un exilio en 1939 (exilio realizado frente al fascismo), aquella misma actuación podría ser igualmente contraria a los intereses de la Revolución Cubana, dado que en ambos casos su actitud profesional no fue sino la de un «intelectual pequeño burgués», contrario a los intereses de ambos planteamientos.

El punto más acertadamente tratado por Bohigas, si bien de manera breve, corresponde al de la actuación del Gobierno del año 34, y a la parálisis que supuso en el terreno de la construcción y de los planes parciales. Las dificultades con que se enfrentó Zuazo en Madrid, los cambios originados en la política escolar de creación de puestos de estudio, la misma Política de Casas Baratas, queda aclarada. Pero un punto negro que nos hubiese gustado ver tratado más ampliamente, es el referente al periodo de la guerra, tanto a través de la acción gubernamental (tema apenas esbozado) como a través de diferentes organismos surgidos por la necesidad, como por ejemplo el Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento, que presidió en Madrid Julián Besteiro, y en el que colaboraron en la protección de Madrid individuos como el viejo Anasagasti, vencedor en 1909 en Roma con su proyecto de Cementerio Ideal, o el mismo García Mercadal.

Obra pues esta de Oriol Bohigas de gran interés, tanto por la importancia del tema, como por el hecho de ser una interpretación en un terreno en el que hasta ahora solo existen constataciones formales.—CARLOS SAMBRICIO (Madrid).



JAVIER DE LORENZO:
Introducción al estilo matemático. Editorial Tecnos.
Madrid, 1971.

SE puede decir de esta *Introducción al estilo matemático* que es una obra insólita en la literatura científica española actual. Decimos que es insólita porque, aun cuando las obras dedicadas a la divulgación o a cuestiones pedagógicas, donde el lector interesado en estos temas puede llegar a creer que se incluirá, se ocupan frecuentemente del lenguaje de la Matemática, no hay obra alguna dedicada con exclusividad a tratar el simbolismo, el estilo y los géneros. Ya el autor señala que anteriormente a este libro solo G. Chevalley ha escrito un artículo en este sentido.

Los poseedores de alguna cultura matemática encontrarán que el libro está escrito con un estilo literario elegante y claro, denotando el autor poseer un lenguaje rico, lo que a veces le hace aparecer, a lo largo de la lectura, levemente pedante. Este pequeño detalle, al contrario de lo que se pueda pensar, en vez de hacer ingrata la lectura, la hace más amena.

Comienza el libro con un interesante Prefacio dedicado al lenguaje, seguido del primer capítulo titulado «El Simbolismo». En este se enumeran varios símbolos valorando su importancia.